



El músico y escritor francés Michel Rostain, de 69 años, ayer en Madrid, donde presentó su libro 'El hijo'. / KIKO HUESCA / EFE

Literatura / Publicación

«Aprendes a vivir con el dolor»

El director de ópera Michel Rostain publica su sufrimiento por la muerte de su hijo a través de una obra con la que consiguió el Premio Goncourt a la primera novela

J. M. PLAZA / Madrid
El mayor dolor que existe es el de la muerte de un hijo. Todos lo sabemos. Algunos lo han vivido. Esa muerte es un acto antinatural, y como tal, absurdo. No se puede entender. Tampoco superar. El mayor dolor que existe... Michael Rostain (y Martine, no nos olvidemos de la madre) lo saben bien. Lo han vivido. Hace ocho años falleció su hijo de una leucemia. Tenía 21 años y estaba trabajando con ellos en el montaje de una ópera. Era su primera colaboración juntos, pero de pronto el presente se agrietó y el futuro dejó de existir. Han sido años muy duros. Todavía lo son.

Un dolor así no se supera nunca. Ni siquiera sacándolo afuera (dentro de un orden), ni escribiendo una sentida obra como *El hijo* (editado por La Esfera de los Libros), que ya ha vendido 80.000 ejemplares en Francia y ha logrado el Premio Goncourt a la primera novela.

«No escribí este libro como terapia. Lo hice por agradecimiento. Vivo en una ciudad pequeña, donde nos conocemos unos y otros. Tras la muerte de mi hijo recibía continuamente muestras de afecto, llamadas, cartas, muchas cartas, y me veía incapaz de contestar a todas. Mi esposa y yo pensamos que no debíamos mandar una respues-

ta convencional, la misma para todos. No se lo merecían. Así que, sin darme cuenta, me puse a escribir sobre la muerte de nuestro hijo, pero no ha sido un desahogo (insiste). Al acabar el libro, el dolor seguía ahí. Igual. Es algo que nunca se puede olvidar, pero aprendes a vivir con él».

Y de pronto, una canción

No era la primera novela que Michel Rostain intentaba escribir, pero sí era la única que le pedía el cuerpo y le permitía el alma. Aun así, no fue fácil. «Al principio me salió una historia muy tristonca, de un pobre hombre que se lamenta

por la muerte de su hijo y apenas si podía levantar la cabeza. Aquello no funcionaba. No era ese el mensaje de agradecimiento que quería enviar a los que se habían preocupado por nosotros».

No sabía qué hacer ni por dónde seguir. El dolor, sin embargo, no le nublabla la capacidad crítica. Rostain veía que lo que escribía no tenía ningún valor artístico. Además, se tambaleaba. Se le caían las lágrimas sobre el papel. Y de repente, una tarde casi anochecida, le llegó la melodía de una canción francesa, en la que un hijo le habla a un padre tan triste como él.

«Me acuerdo muy bien. Escuché

la canción, se me clavó el estribillo: 'Dime, papá, ¿por qué lloras?' y en ese momento vi toda la novela, supe lo que tenía que contar y cómo hacerlo. Esa frase me dio el empujón para lanzarme a escribir y acabar el libro».

El libro es una novela sobre la muerte de su hijo narrada desde el punto de vista del fallecido, quien, como si fuera un fantasma omnipresente, está dentro y fuera del padre, viendo lo que sucede y sin-

'El hijo' está narrado por el joven enfermo de leucemia y que murió con 21 años

tiendo lo que hay en su corazón truncado. Un narrador que viaja en el tiempo, que cuenta el duelo de sus padres, pero también el entierro, e incluso, los días previos a su desaparición. Todo en un tono contenido, distante y con un cierto desenfado, porque la verdadera tragedia no es la muerte propia sino la de nuestros seres queridos, y quien nos lo narra, no lo olvidemos, es el fallecido.

Michael Rostain –aún no lo hemos contado– es un hombre que de niño tenía una duda y tres sueños: ser músico, ser escritor y ser torero. Al crecer se dedicó a algo que, en cierto modo, sintetiza estas tres inquietudes: director de ópera de un teatro nacional en la provincia de Breñaña. Hace unos años intentó escribir una novela sobre la decadencia física de un músico famoso. Estaba en ello, y en el montaje familiar de una nueva ópera, cuando sucedió el incidente: la muerte de su hijo, un 25 de octubre del 2003. Años después escribiría la novela que el jurado del Goncourt premió por unanimidad.

El primer capítulo de *El hijo* se abre con una cita del poeta Erich Fried, que es toda una declaración de intenciones: «Seguir buscando palabras / que digan algo / allí donde buscamos a personas / que ya no dicen nada». Punto. Después de la lectura de esta breve e intensa novela uno se queda sin palabras y casi sin aliento.



DECADENCIAS

LUIS ANTONIO VILLENA

Dowson, poesía y absenta

Los británicos del fin de la era victoriana los tenían por estetas, dandis, bohemios y en cualquier caso por afrancesados. Todos admiraban o eran amigos de Oscar Wilde (aunque no siempre compartieran sus gustos sexuales). Habían estudiado en Oxford y su padre, tanto o más que Swinburne, era Baudelaire. Se reunían en una taberna de Londres y allí formaron un grupo que se conoce como el Rhymers' Club. De todos esos poetas, a la larga, el más notorio fue William Butler Yeats, premio Nobel. Pero en la época, el más atractivo y extremado fue Ernest

Dowson (1867-1900). Estudió en Oxford pero no terminó los estudios, dedicándose (algo bajo la protección del padre) a una auténtica vida de bohemia y decadencia, escribiendo relatos, poemas y crítica...

Pero a Dowson lo marcaron ante todo sus excesos. Se enamoró de una muchachita polaca, que al fin lo abandonó. Frecuentó burdeles y alcoholes, entre ellos la famosa absenta, esa destructora princesa verde de Verlaine. Se hizo católico, porque en la Inglaterra victoriana ser católico romano –con la liturgia en latín– era una clara disidencia: optar por la «Hembra Escarlata», como llamaba Wilde a la Iglesia. Pero eso, naturalmente, nada tenía que ver con su vida desordenada y alcohólica. Algún amigo lo recogió de la calle, cierta vez, donde mendigaba para seguir emborrachándose.

Hombre libre y antiburgués, fue el único del grupo (donde también estuvo John Gray, un antiguo novio de Oscar) que se atrevió a pasar unas semanas con Wilde, recién salido de la cárcel y execrado por Inglaterra entera, en el verano de 1897, en el pueblecito francés

de Berneval-sur-Mer. Creo que sólo poemas sueltos se habían traducido, hasta ahora al español, de Ernest Dowson. Editorial Periférica acaba de sacar un librito que, aunque corto (sabe a poco), al menos presenta a Dowson a nuestros lectores, *Diario de un hombre de éxito*. Bajo ese título irónico se esconde un buen cuento que se desarrolla en Brujas –con Venecia, una de las ciudades míticas del sim-

Del poeta extremado se publica ahora su 'Diario de un hombre sin éxito'

bolismo– y que habla de un amor que pudo ser y no fue, con una mujer que ahora es monja en las severas *Dames Rouges* (Damas Rojas). Luego se traduce un poema de título latino *Non sum qualis eram bonae sub regno Cynarae* (Horacio: No soy el que fui cuando gobernaba la hermosa Cynara) que se refle-

re a su etapa con la chiquilla polaca y que nos deja entrever el buen poeta que Dowson fue, admirado entre otros por Ezra Pound o Cyril Connolly. Que Dowson tenía mano para el troquel del verso lo demuestran dos celeberrimos títulos (uno en el poema ahora traducido) que son versos suyos: *They are not long, the days of wine and roses* (No duran mucho los días de vino y rosas) o *I have forgot much, Cynara! gone with the wind* (He olvidado, Cynara, se lo llevó el viento...). La famosa película de Blake Edwards con Jack Lemmon, *Días de vino y rosas* o la celebrísima y sentimental *Lo que el viento se llevó* (traducción española de *Gone with the Wind*).

El padre de Dowson murió de tuberculosis, su madre se suicidó y él falleció en 1900 con 32 años consumido por la adicción al alcohol. Pero fue un grande. Se tuvo por mejor prosista y la posteridad lo ha juzgado mejor poeta. R. H. Sherard, el amigo y primer biógrafo de Wilde, traza excelentes retratos de Dowson en dos clásicos del fin de siglo: *Veinticinco años en París* (1905) y *El verdadero Óscar Wilde* (1915). Abramos la puerta...